

# "La Librería del Colegio" Hoy "La Librería de Avila"

por Miguel A. Ávila

El lugar, el edificio, todo tiene en La **Librería de Avila** (ex **Librería del Colegio**) la impronta de la historia, el vestigio del tiempo, los rasgos inequívocos de una clara tradición. Fue establecida a comienzos de la República, y ha crecido enlazada a su economía y su cultura, sin mudar de esquina, como retenida por hondas raíces frente al viejo templo de San Ignacio y al Colegio secular. Quienes se sucedieron al frente de la librería, y hasta la actualidad, atinamos a conservar los signos distintivos, el perfil y la propia esencia de la tienda originaria, de tal suerte que hoy mantiene inconfundible su porte, su aire patrimonial, su señorío de la otra centuria. Es la única librería que nos queda del Buenos Aires de principios del siglo XIX, un centro de humanidades más que un comercio, un agente educativo por su menester pero sobre todo por su sola acción de presencia, de perseverancia, de consecuencia histórica.

En este sitio se edificó, en 1785, la primera casa de altos que hubo en Buenos Aires. Pertenecía la misma al profesor de farmacia Francisco Salvio Marull y en la planta baja se instaló, a partir de 1777, la "**Botica del Colegio**", la más antigua de la Ciudad; se dice que en sus escaparates aparecieron en venta los primeros libros que llegaron a la Gran Aldea. En la esquina nordeste, haciendo cruz con la iglesia San Ignacio, se hallaba el famoso "Café de Marco o Malcos". La historia nos dice que el 1° de abril de 1801 apareció en Buenos Aires el primer periódico del virreinato. Los concurrentes habituales a la tertulia de la "**Botica del Colegio**" hojearon con curiosidad aquel cuaderno de ocho páginas cuyo título pretendía abarcar tanto: "**El Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico e Historiográfico del Río de**

Fachada del edificio en 1926





Fachada del edificio actual

la Plata". Todos mirarían hacia la otra esquina dos meses más tarde, cuando el periódico insertó este anuncio: *"Mañana jueves se abre con Superio. permiso una Casa de Café en la Esquina frente al Colegio, con mesa de Villar, Confitería, Botellería. Tiene un hermoso Salón para tertulia y Sótano para mantener fresca el agua en la estación Berano"*. Ese establecimiento, luego famoso, sería mencionado en documentos y libros de épocas distintas por cartularios, cronistas e historiadores, con variantes del apellido de su dueño: Marco Mallco, Marcos, Marcó, donde se reunirán los criollos conspiradores.

El 5 de julio de 1807, día de asalto ordenado por el teniente general Whitelocke, la lucha decisiva se concentró en el barrio sur. San Ignacio y su manzana esperaban con los techos poblados de fusiles patricios. Todas las azoteas y ventanas del vecindario ocultaban nidos de tiradores, y si es seguro que el café de Marco lo tenía, es indudable que los altos de la **"Botica del Colegio"** se dispusieron a abrir heridas que su planta baja curarían.

Es probable que después de 1824 el local, ya abandonado por Marull, alojara circunstancialmente a algún librero: acaso a Usandivaras, acaso Jaime Marcet, antes de su trágica muerte, el ciudadano germano Gustavo Halbach pasando en poder de Steadman y luego a Rafael Casagemas que fundaría más tarde la *"Librería del Plata"*, que luego sería propiedad de José Hernández (en ese lugar, Tacuarí n° 17 escribió *"La vuelta de Martín Fierro"*).

***(...)Es la única librería que nos queda del Buenos Aires de principios del siglo XIX un centro de humanidades más que un comercio.  
(...)***

Allí, en Potosí y Universidad, en pleno Saint- Germain de Buenos Aires, frente a la “manzana de las luces”, mirando a San Ignacio y su Colegio, se instala por 1830 una librería que la gente ha le llamar librería del Colegio, como llamaba del Colegio a la calle misma, o a la peluquería de Meregildo, abierta al lado de la librería. “En la calle del Colegio”, dicen a menudo los unucios de La Gaceta Mercantil, para referirse a la calle Universidad. Después de Caseros, adquirió el minúsculo establecimiento un emigrado francés, Pablo Morta, quien con más empuje en el campo mercantil e intelectual, hizo de la librería el centro de una tertulia muy concurrida. Marcos Sastre, fiel concurrente, por entonces inspector de escuelas, es probable que haya influido sobre Morta para iniciarlo como editor. Editó el primer número de su Almacén y Bar Literario, el semanario agrícola e industrial de Buenos Aires, los Consejos de oro sobre la educación dedicados a las madres de familia y a los institutores, de Marcos Sastre, y las Lecciones de gramática castellana para niños y niñas, del mismo autor. Pedro Goyena y Paul Groussac eran algunos de los habituales visitantes y clientes de la librería por esos años. Martín García Merou, en sus «Recuerdos literarios», narra que “durante un argo espacio de tiempo la librería fue un club literario donde acudían los miembros del cenáculo académico de la casa de Obligado”. En otro de sus libros, «Confidencias literarias», García Merou evoca admirablemente la librería, con su clientela heterogénea de preavidas feligresas, revoltosos estudiantes y conspicuos lite-

ratos. “Fue en ese escenario típico -concluye- donde estreché por primera vez la mano de Carlos Guido Spano”.

En las sesiones literarias y tertulias que se llevaban a cabo en la librería, también eran asiduos concurrentes, en distintas épocas, José Hernández, Rafael Obligado, Sarmiento, Alberdi, Groussac, Marcos Sastre y Bartolomé Mitre, Santiago de Estrada, Aristóbulo del Valle, Manuel Argerich, Martín Coronado, Avellaneda y el Perito Moreno, entre muchos otros.

La Librería es testigo de una gran parte de la historia del país, como que conoce todo el gobierno de Rosas, el período de la organización nacional, los momentos de crisis, el afianzamiento, en fin, de la República y la portentosa evolución de sus instituciones fundamentales. Idéntica a sí misma en la vocación original, fiel a la artesanía del libro, consecuente siempre con la dignidad de su comercio.

Es la única que subsiste desde tan lejanos días, la única, repetimos, que ha quedado entre tantas, tan pintorescas y tan nobles como tuvo Buenos Aires en el correr del otro siglo, que nunca ha cambiado de rubro, y es por ello, y por la ilustre gente que la frecuentó y por la mucha historia que ella misma contribuyó a labrar, por lo que se la llama la Librería Patricia. Como se diría en un artículo de la Revista Caras y Caretas: “Cuando se escriba la historia documentada del desarrollo intelectual y educativo de la patria argentina, La Librería del Colegio va a ocupar en ella una página brillante”.

La Librería



de Avila

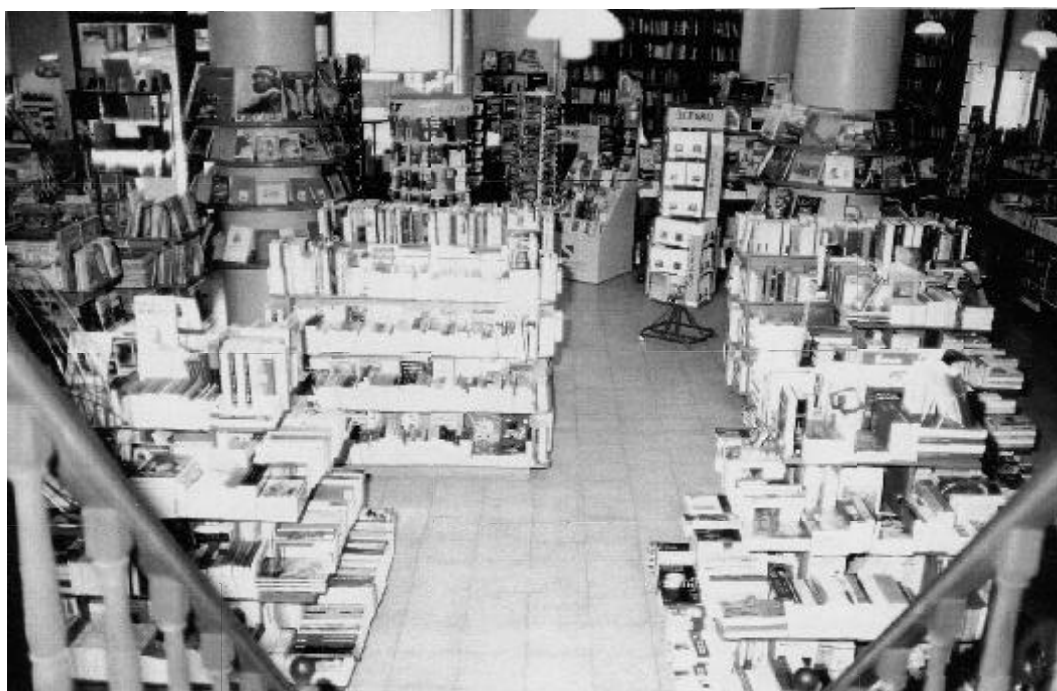


En subsuelo: Almacén y Bar Literario



Juntos, primeras ediciones, incunables y libros nuevos...





Antiguos documentos testimonian ya la presencia de la librería en un Buenos Aires incipiente.



Con esta obra en tinta y acuarela, el arquitecto Carlos Moreno recrea la fachada de la librería en 1853 sobre documentación tomada de archivo.

El libro argentino muchas veces no se vende o se vende poco, no por falta de lectores, sino, más bien, por falta de propaganda. Uno de los factores eficientes de esa propaganda es, o debe ser, el librero. Los editores no pueden ni han podido prescindir de este medio de enlace entre el libro y el lector. El librero busca el libro, lo persigue, lo anuncia, lo muestra al cliente, lo recomienda y, al final, casi siempre, lo impone con su consejo. Signo de progreso de nuestra librería es su tendencia, cada vez más firme, a especializarse. De ese modo atiende mejor los gustos y necesidades del público. La tradicional librería de

viejo o de ocasión, originariamente enciclopedista, se va limitando, cada vez más, al fondo literario. En fin, nosotros, los actuales responsables de la librería, nos hemos trazado el objetivo, y en ello ponemos todo nuestro empeño, de no defraudar, no desvirtuar en modo alguno tan gloriosa historia. Las circunstancias por las que atraviesa el país, por todos conocidas, no ayudan a facilitar la tarea, pero creemos que el esfuerzo, la voluntad y la vocación de servicio nos permitirán lograr que la “**Librería de Ávila**” sea una digna heredera de la vieja “**Librería del Colegio**”. Que el Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos

Aires declarara de Interés Cultural y Patrimonio Histórico de la Ciudad a La Librería del Colegio, es para nosotros, una gran satisfacción, lo que alimenta nuestro espíritu, para seguir identificando a este lugar con el de entonces. Convertirlo en un lugar característico y tradicional, con su Bar Literario (con cierta reminiscencias a nuestras pulperías), sus tertulias, sus distintas especializaciones y la convocatoria permanente de todos aquellos que hacen al quehacer cultural, es y seguirá siendo nuestra constante preocupación.

[www.libreriadeavila.servisur.com](http://www.libreriadeavila.servisur.com)  
[libreriadeavila@servisur.com](mailto:libreriadeavila@servisur.com)